

Reflexiones

Por Partiquino



Abel 25 1979

El "souvenir"

■ El refrán popular dice que de poeta, de médico y loco, todos 'enemos un poco. Lo que el refrán no se atreve a decir, porque sería autoincriminatorio, es que también de ladrón todos tenemos un poco. Y si alguien disiente con esta afirmación, yo me permito recordar el Evangelio y decirles que quienes estén sin pecado, que lancen la primera piedra.

Robar es muy feo. Eso lo sabemos desde que estábamos en el jardín infantil, pero ya a esa temprana edad el arte que estaba a nuestro alcance expresaba lo que sentíamos interiormente y que la educación recibida desde la cuna nos impedía decir en franca prosa. ¿No nos sentíamos acaso totalmente interpretados cuando en nuestra media lengua recitábamos, para la admiración de nuestros profesores y parientes aquello de "¿No es mío este huerto, no es mío, lo sé; mas yo de esa fruta quisiera comer"? Y si alguien recuerda ahora que esa poesía infantil sigue con unos versos en que se expresa la repulsa que uno experimentaría de compañeros y maestros si terminara por comer la fruta del huerto ajeno, yo me permito replicar que esos versos finales se olvidan con facilidad y que el recuerdo que persiste es el de aquellos en que se expresa la gran tentación de la fruta en la rama del árbol vecino.

Ya adultos, los hombres civilizados y respetuosos de la ley han encontrado una fórmula para conciliar su vocación de ladrones y su código moral. Una forma de pecar que no es pecado; una apropiación de lo ajeno que, personal y socialmente, es justificada y hasta aplaudida. Y, para darle a todo eso un toque de refinamiento y de elegancia, se le nombra en francés: el "souvenir".

Quienes coleccionan "souvenirs" no son personas cualesquiera. Las reglas del juego indican que el "souvenir" es un trofeo que se trae de los viajes. Sería muy mal visto que uno se metiera en el bolsillo una cucharita del servicio de té de la casa de la tía, del jefe, o del cliente pretextando la gran admiración que se siente por el anfitrión, lo que lo obliga a guardarse un recuerdo de su casa. No, los "souvenirs" sólo están al alcance de las personas que viajan, lo que implica una posición económica que los hace insospechables de una motivación que no sea el romántico recuerdo.

Sin embargo, mi experiencia personal me indica que el pretexto de tener algo para recordar el lugar y que se supone que es el motivo para el

hurto que solemos hacer de vajillas, ceniceros, lápices, candelabros y otras múltiples bagatelas, no pasa de ser una excusa caritativa para blanquear el placer que sentimos con el robo. Cuando de regreso a casa, instalamos en una repisa el "souvenir", lo que él nos recuerda no es ni el hotel, ni el restaurante, ni el teatro, ni la oficina de donde lo sustrajimos, sino la emoción que experimentamos en el momento de que, con delicadeza, lo deslizamos en nuestro bolsillo.

Tengo ante mí un cenicero color naranja, en cuyo centro hay dibujado una mujer vestida sólo con unas medias negras enmarcada por unas letras en círculo que dicen: "The Playboy Club". Cuando lo miro, no recuerdo especialmente el Club —no necesitaría del cenicero para hacerlo—, pero sí el momento en que lo tomé de la mesa, hice como que lo miraba cuidadosamente y con el rabillo del ojo vigilé a las conejitas que servían. En cuanto vi que todos los pompones blancos de sus adorables colitas estaban en mi dirección, me lo eché al bolsillo. Y si bien hubiera preferido traerme de "souvenir" uno de esos coquetos pompones que con tanta gracia mueven las conejitas, el trofeo que tenía en mi bolsillo hizo que esa tarde fuera para mí completa... e inolvidable.

Cuando almuerzo en mi casa y me ponen el variado servicio de líneas aéreas que he recolectado, jamás se me han venido a la memoria las peripecias del viaje en avión, sino ese momento de infinito suspenso, cuando la azafata me ha retirado la bandeja y no advierto que en ella no están ni cuchillos, cucharas ni tenedores que se encuentran, en cambio en la bolsa del asiento donde los he colocado provisionalmente, para después traspasarlos a mi maletín de viaje.

Es falso, pues, que el "souvenir" tenga por objeto recordar el lugar de su procedencia. Lo que recuerda sí son la excitación, el riesgo y la emoción del robo hecho a hurtadillas, de la posibilidad de infringir la ley y la moral, sintiéndose, a la vez, perfectamente inocente.

Hay gente que no entlende eso. En algunos restaurantes los mozos le indican a los clientes que está permitido llevarse ceniceros o platillos del servicio. Cada vez que me han hecho esta sugerencia, yo la he rechazado indignado.

—¿Qué se han creído?
Así no es gracia.